LAS POLITICAS URBANAS EN LA CIUDAD DE MEXICO DURANTE EL PERIODO 1929-1946

Alvaro J. Portillo

INDICE GENERAL

- PRIMERA PARTE. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA URBANIZACION CAPITALISTA

1. Introducción
2. Sentido de la urbanización capitalista
3. La ciudad y la reproducción social
4. La cultura hegemónica
5. Las formas urbanas como portadores de la cultura hegemónica
6. Gobierno del territorio y políticas urbanas
7. Las ciudades del capitalismo dependiente

- SEGUNDA PARTE. LOS INICIOS DE UNA GRAN CIUDAD. LAS POLITICAS URBANAS EN EL D.F. DURANTE EL PERIODO 1929-1946.

1. La Cd. de México en el período 1929-1946
   - 1.1 Sentido de la periodización
   - 1.2 La economía de la ciudad
   - 1.3 Crecimiento y desarrollo de la población
   - 1.4 Expansión urbana y crecimiento físico
   - 1.5 Las formas arquitectónicas
   - 1.6 La recreación como expresión del cambio -- cultural operado
2. Dimensión cultural de las políticas urbanas del DDF
   - 2.1 Las políticas urbanas en la Cd. de México entre 1929 y 1946.
   - 2.2 La intervención del DDF en la producción - de formas espaciales
     - 2.2.1 La conformación del espacio del po-- der
     - 2.2.2 Espacios aislados y protegidos

Pag.

2.2.3 Arquitectura moral y cultural de -- ciertos espacios interiores

2.2.4 El comercio en los espacios públicos

2.2.5 Definiciones económicas del espacio urbano

2.2.6 El lenguaje de los nuevos espacios - y edificios públicos

2.2.7 Anuncios, ruidos y olores

2.3 Prédica ideológica y cultural en la determinación de ciertas prácticas sociales

3. La conformación de las relaciones de poder al - interior de la ciudad.

3.1 El sistema político nacional

3.2 La estructura de poder en el D.F.

3.3 Comerciantes ambulantes, comerciantes en - pequeño y trabajadores no asalariados

3.4 Las colonias proletarias

3.5 Los camioneros: una nueva "clase".

3.6 Las reglas del juego

3.7 Opciones políticas en la estructura presupuestal del DDF

4. A modo de conclusión

PRIMERA PARTE

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA URBANIZACION CAPITALISTA

1. INTRODUCCION.

El desarrollo del capitalismo se expresa materialmente en el espacio en que se produce, y por su parte, este espacio induce y promueve dicho desarrollo.

Esta afirmación conduce a verificar cuál es el espacio - del capitalismo, y cómo históricamente éste se ha desplegado. Es sabido que la consolidación y expansión del capitalismo coincide (¿determina o está determinada?)con la emergencia de los - primeros estados nacionales y por consiguiente con la formación de mercados nacionales que concuerdan con los límites jurídico-territoriales de dichos estados.

Es así que se comienza a producir una parcelación despareja del territorio mundial, en donde las dimensiones de dichos territorios nacionales expresarán alternativa o complementariamente, relaciones de poder entre los estados y manifestarán la pre-existencia de culturas más o menos homogéneas, que darán - sustento a la conformación de los mercados nacionales y luego a las naciones.

Esta nueva apropiación del territorio al servicio del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el signo capitalista - tiene múltiples manifestaciones espaciales: comunicación de regiones antes aisladas, nuevo uso del territorio con distintas y más complejas funciones, modificación del paisaje y la naturaleza debido a la apropiación intensiva de ciertos recursos y su - sustitución por otros (bosques, cultivos, desvío de los cursos de agua, etc.) estos son algunos de los fenómenos espaciales - que el capitalismo va a promover.

Entre ellos, destaca la aparición de un espacio dominante y central en donde se localizan las principales fuerzas productivas del modo de producción capitalista: el espacio urbano.

La ciudad concentra en su interior el desarrollo de las - principales fuerzas productivas, y las instancias del poder político que se ejercen hacia la totalidad del territorio, y construye una nueva cultura acorde con el proceso global capitalista y cuyo sentido último será el de expander el cemento necesario para la consolidación del nuevo tejido social que se ha comenzado a desarrollar.

Es por ello, que la ciudad y el proceso de urbanización - son absolutamente específicos en el capitalismo, y solamente - guardan cierta lejana relación con funciones que en épocas anteriores tuvieron que cumplir.

En el análisis teórico, el proceso de urbanización capitalista puede ser observado estableciendo los consiguientes énfasis desde diversos puntos. Admitiendo en términos generales - que los procesos materiales determinan a los sociales; o mejor aún, que la forma en que una sociedad produce y se apropia de - la riqueza es la que determina las formas sociales que la caracterizan, se pueden destacar tres perfiles para la observación - de la urbanización capitalista.

El económico, cuyo énfasis radicará en conocer y formular la función económica de la ciudad capitalista, es decir, su aportación como entidad social al proceso productivo.

El político, en donde se observará a la ciudad como el espacio privilegiado de surgimiento y desarrollo de las modernas formas de poder cuya instancia principal es el estado.

El social y cultural, en buena medida consecuencia de los anteriores, en donde es dable registrar las pautas de comportamiento, los valores morales y las manifestaciones culturales que la ciudad enmarca y hace posible.

Al igual que en todo análisis social, el enfoque desde disciplinas específicas, permite indagar en profundidad aspectos del proceso general, pero limita el conocimiento total de éste. Por ello, aunque resulta demasiado ambicioso, puede ser más fecundo conjuntar los tres puntos de vista y aplicarlos a las secuencias históricas del proceso de urbanización.

Este camino -que es quizás el más coherente con la propuesta marxista- permite revelar el sentido histórico más profundo de los procesos urbanos; conocer su origen, predecir su desarrollo, y -¿por qué no?- intentar modificar su curso.

Otro gran problema que plantea la urbanización capitalista es el de la difícil tensión que se produce entre lo general o universal y lo particular o nacional. El hecho de hablar de una urbanización capitalista, pareciera aludir a un conjunto de fenómenos análogos identificables en diversos tiempos y lugares; como si se tratara de cierta legalidad que rige análogamente a todos los procesos de urbanización.

Evidentemente, este "modelo" tiene cierta realidad. Es factible registrar, en todas las ciudades del capitalismo una

serie de invariantes que operan en los tres niveles o puntos de observación referidos (económico, político y cultural).

A pesar de ello, las peculiaridades nacionales [illegible] men a cada proceso ciertas características específicas, pues los mismos elementos se combinan en cada formación social bajo la forma de ecuaciones bien diferenciables. Esto no impide, que frente a la sumatoria de realidades nacionales sea posible efectuar ciertos grandes agrupamientos con base en las mayores similitudes observadas.

Es por ello que se habla de una urbanización del capitalismo desarrollado y otra del capitalismo dependiente. En esta última, por áreas o regiones se producen sub-agrupamientos: por continentes, con base en el momento histórico en que surge el desarrollo industrial sustitutivo de las importaciones, de acuerdo a modalidades políticas y culturales, etc.

Estos grandes agrupamientos ayudan a comprender las situaciones particulares ya que el pensamiento analógico permite definir las especificidades. Pero de todas maneras, la difícil tensión que más arriba se señalaba, no llega a resolverse ya que nunca se registra información suficiente para definir con exactitud lo propio y lo general.

Por lo tanto, munidos del conocimiento de los más diversos procesos de urbanización capitalista y de aquellos pocos útiles conceptos teóricos que permiten ser aplicados en cualquier ciudad del capitalismo, el camino más firme es el de intentar reconstruir los procesos históricos en una formación social parti-

cular.

Adicionalmente, hay otro complejo factor; la sociedad urbana se halla dividida en clases antagónicas cuya lucha imprime al proceso de urbanización un movimiento constante pautado por las relaciones de poder que sucesivamente se entretejen. De - ahí que sea prácticamente imposible definir una realidad urbana como hecho social estable y autosuficiente. A reserva que el ritmo de los cambios puede ser muy distinto, estos estarán permanentemente generándose.

Por lo tanto, la urbanización capitalista, lejos de ser - un suceso, es un complejo proceso en permanente movimiento en - el que hay que desentrañar los cambios históricos más significativos a efecto de conocer los principales períodos y el ritmo - de su desenvolvimiento.

2. SENTIDO DE LA URBANIZACION CAPITALISTA.

A modo de conclusión.

ero, Héctor Manuel. "Esquina... bajan. Los inicios del autotransporte público". Cuadernos de la Cd. de México, Delegación Cuauhtémoc, DDF, México 1982, pag. 28.

ez, Fernando. "Centro Social de chauffeurs del Distrito Federal", El Heraldo Camionero, México D. F. junio de 1931, n. 6, año IV, pag. 23.

ldo Camionero. Informe rendido por el Secretario General de la Alianza de Camioneros de México, sobre la actuación del Comité de la Agrupación en el ejercicio 1930-1931, en la asamblea general realizada el día 9 de los corrientes. México, julio de 1931, n. 7, pag. 10.

de las instituciones comerciales controladas por la Alianza de Camioneros, ver:
Zubillaga, Francisco. "La Alianza Camionera". El Heraldo Camionero, México, D. F., octubre de 1933, n. 10.
rragán, Enrique. "La Revolución y los camiones". El Heraldo Camionero, México, D.F., octubre de 1933, n. 10.

z, Fernando, op. cit.

Manuel, op. cit., pag. 21.

Lorenzo, Atlas de la Cd. de México, Ed. DDF, 1981, pag. 188.

El período estudiado revela haber sido un momento en donde la dimensión económica, es decir el nivel de las relaciones sociales vinculadas con la producción material, se caracterizó por consolidarse y en alguna medida reconstruir los daños producidos durante los largos años de beligerancia militar e inestabilidad política. México durante esos años siguió siendo una economía agroexportadora con un aún muy débil proceso de industrialización. Una estructura económica profundamente dañada -- por las luchas internas y que en su reconstrucción todavía no alteraba, en sus aspectos fundamentales las características anteriores.

De ahí que la importancia histórica de éste período esté más asociada con los cambios políticos y culturales operados. En éste plano se puede observar la definición de una serie de pautas de acción en la compleja vinculación entre los grupos sociales, que si bien tiene una serie de antecedentes en prácticas sociales y políticas anteriores, adquieren coherencia y permanencia como un nuevo trato global entre estado y sociedad.

En particular ello adquiere expresión en el sistema urbano de relaciones de poder. Corporativización de intereses e -- institucionalización de las relaciones colectivas -entre el sistema político y los grupos- quedan sellados como la modalidad fundamental de hacer política.

Como ya fue señalado, la gestión política se desenvuelve en dos vertientes: un diálogo respetuoso y de igual a igual con

grupos sociales dominantes, y una cooptación más o menos per-
nte de múltiples grupos sociales subalternos. A efectos del
bierno de la ciudad, los grupos que van a ligarse más solida-
nte a las instancias estatales, son aquellos cuya actividad es
predominantemente articulada al uso lucrativo del espacio pú-
ico. Por ello es que fundamentalmente no van a ser asalaria-
s los que integren esta base social de legitimación. La orga-
nización y manejo de los asalariados, si bien con métodos análo-
, principalmente cumple una función de sostén político del --
stema político global, antes que el estrictamente urbano.

Como se puede percibir, en este panorama no hay lugar para
l ciudadano como sujeto de derechos y obligaciones al interior
l régimen político. Si bien las instituciones formalmente re-
man su adhesión republicana, los actores sociales fundamenta-
incluso institucionalmente reconocidos- son los grupos so--
s.

Esta particularidad constituye uno de los aspectos medula-
de la estabilidad política obtenida y de la enorme capacidad
ción del gobierno de la ciudad.

La desaparición de los ayuntamientos y sus correspondien--
procesos electorales, como hubo oportunidad de verificarlo,
ció en lo inmediato a darle una respuesta superadora a un -
so de enfrentamientos fratricidas de fuerzas locales que im
ilitaban la gestión política urbana. Pero en la perspecti-
istórica, este cambio institucional significó un movimiento
estratégico para hacer posible esa tan sólida y compleja edifi-
cación de la hegemonía local.

La enorme maleabilidad y capacidad de adaptación, pero --
siempre sin perder la iniciativa, en buena medida encuentra su
explicación en dicho esquema de actuación. En una ciudad a la
que anualmente arriban vastos contingentes de jóvenes migrantes,
los cuales en su mayoría no encuentran un puesto como asalaria-
dos, el ciudadano tradicional de la república burguesa no tiene
mucha cabida. Se trató pues, de definir una nueva matriz de re-
laciones entre el sistema político local y los grupos sociales
subalternos, que permitiera consolidar un nuevo modus vivendi.

Esta gestión política también va a resolver históricamen-
te una difícil ecuación que por esas épocas se le plantea a la
Revolución. Se trata de la consolidación de las transformacio-
nes operadas en el espacio rural en estrecha relación con una -
alternativa capitalista de desarrollo.

La resolución de este problema va a ser la defensa ortodo-
xa de la propiedad privada en las ciudades en tanto pieza estra-
tégica para el desenvolvimiento de la industrialización capita-
lista. Propiedad derivada de los inmuebles y fuerza de trabajo-
mercancía están planteadas como instituciones esenciales del --
destino visualizado para las ciudades.

El artículo 27 constitucional (en su espíritu) se detiene
en los límites de la ciudad. Es espacio urbano es el lugar de
la industrialización capitalista en donde no tienen cabida moda

a[illegible] limitantes a la propiedad privada y expresiones autóno-
las clases subalternas que dificulten al capital su pro-
o[illegible]e reproducción.

Esta dualidad entre campo y ciudad, en cuanto al orden --
t[illegible]cional establecido es mitigada por el mencionado esquema
p[illegible]ativo. Permisividad en el acceso ilegal al suelo, nego--
c[illegible]nes colectivas, un discurso vigoroso que se reclama revo-
[illegible]rio y una cierta redistribución que genera un efecto de-
t[illegible]tivo, permiten que el clamor igualitario de las clases sub
e[illegible]as que ha encontrado cauce en la Revolución, penetre dé-
n[illegible]e en el espacio urbano.

La Cd. de México se puede decir que fue un gran laborato-
donde mediante el método del acierto y del error, permi-
[illegible]nformar el mencionado esquema de actuación, el cual rapi-
[illegible]nte sería adoptado en las demás grandes ciudades del país.

Pero un cierto tipo de relaciones de dominio no fueron su
[illegible]ientes. La profunda readecuación de la subjetividad social
l[illegible]has relaciones de dominio, a las nuevas instituciones y --
[illegible]damentalmente a la nueva concepción del mundo y de la vida,
[illegible] una tarea histórica que estuvo planteada con carácter abso-
[illegible]tamente prioritario. Se puede decir, que todos los aparatos
estado, el sistema político en su conjunto, y ciertos bastio
[illegible]s de la sociedad civil trabajaron en ese sentido. Tal vez --
n[illegible]a conciencia plena de sus actos, de la complementariedad
[illegible]s objetivos particulares y de la especificidad del queha-
[illegible] cada quién.

En esta investigación, se ha pretendido expurgar el papel concreto de un aparato de estado en el cumplimiento de ese de-- signio, el DDF. A estos efectos, lo más ilustrativo al respecto es lo que se denominó como la dimensión cultural de las políticas urbanas. La intención subyacente fue alertar y señalar - acerca de una función -por demás bien importante- de la gestión política urbana.

Puede decirse que la conocida intervención estatal en la generación de las condiciones generales de la producción es mucho más que una mera actividad económica de manejo de las finanzas urbanas y de realización de obra material en apoyo al proceso de acumulación capitalista. Esta intervención también implica la difusión de un proyecto político y cultural cuya internalización es la que hace posible el funcionamiento concreto y molecular de todo lo demás.

Dadas las funciones específicas del DDF, en ésta investigación se eligieron aquellas que inciden en la definición cultural de los espacios y las que se tradujeron en la promoción de ciertas prácticas sociales.

Evidentemente, la difusión e imposición de esa nueva concepción del mundo y de la vida se expresa en muchas más actividades desempeñadas por el propio DDF y por otros aparatos de estado: sin embargo, se entendió que la mención efectuada era suficiente para ilustrar la idea de fondo acerca de la complejidad del mencionado designio histórico.

Sobre todo, se consideró de suma importancia la labor del [illegible] la materialización espacial de sus objetivos políticos y [illegible]les. Amplios espacios -como el primer cuadro-, la arqui[illegible] de ciertos edificios estratégicos, la minuciosidad si[illegible]a y recurrente de cierta arquitectura interior, sancio[illegible]protecciones morales de los espacios que albergan algunas [illegible]ades sociales, fueron algunos de los ejemplos manejados [illegible]mar la atención del significado último de gobernar una -

[illegible] particular, una ciudad que permanentemente recibe con[illegible]es sociales provenientes del espacio rural y absolutamen[illegible]s al proyecto cultural hegemónico. En éste dato demo[illegible] se sustentan fundamentalmente las escisiones culturales [illegible]os que prácticamente conviven en un mismo espacio, no [illegible] ello sus diferencias culturales son abismales.

[illegible]l hecho demográfico es también una de las pautas para ex[illegible]la falta de memoria histórica acerca de la ciudad por [illegible] los grupos sociales. Una constante movilidad producto [illegible]migración hacia la ciudad y luego consecuencia de los des[illegible]mientos al interior de la mancha urbana por efectos de la [illegible]ración sucesiva de los lotes, el cambio de uso del suelo y [illegible]egregación social.

Masas urbanas que la nueva ciudad en proceso de crecimien[illegible]literalmente las traga. Las somete a nuevas y diferentes -[illegible]iones de poder, las vacía de sus patrones culturales ante-

riores y son inoculadas con otra concepción del mundo. Por supuesto, todo ello nunca acaba por cumplirse plenamente: ni el dominio es total, ni el vaciamiento cultural de origen es absoluto, ni la nueva imposición cultural es plena.

Ello determina que la construcción de la hegemonía política al interior de la ciudad siempre esté en entredicho. El gobierno urbano no tiene un momento de descanso.

Urbanísticamente, este complicado proceso que en definitiva se expresa en las mencionadas escisiones culturales, se traduce en una ciudad con muy poca unidad interior. Una gran mancha urbana de crecimiento demoníaco profundamente desarticulada a su interior.

Ello no quiere decir que no exista una lógica que explique y de razón de ser a su crecimiento. Por supuesto que la hubo y persiste actualmente: se trata de la expresión material y espacial de un proceso de acumulación capitalista, particularmente determinado por la industrialización, en donde "la mejor solución" fue este modelo de urbanización.

La desarticulación a la que se hacía referencia alude a la débil y refractada integración urbana de las grandes mayorías sociales. La ciudad se vive como el pequeño espacio en que se habita, los escasos corredores que se transitan y los lugares de trabajo. No hay una idea de conjunto, de la ciudad como una unidad.

De todas maneras, las políticas del DDF se han afanado --

istóricamente para lograr esa visión de conjunto, y en buena - ecida se puede decir que sus múltiples incisiones espaciales - an mitigado la desarticulación señalada.

A su vez, éste modelo de desarrollo urbano se caracterizó or su propensión al crecimiento horizontal de la mancha urbana. existencia de tierras no privadas -ejidales, comunales o es atales- favoreció un patrón de poblamiento expresado en la ocu ación ilegal del suelo y con ello el nacimiento y desarrollo - las denominadas colonias proletarias.

Proceso tolerado por el DDF -y a veces promovido- que hi- posible la satisfacción parcial del consumo colectivo de las ndes masas urbanas. A su vez, su precariedad, sus enormes - ncias y las variadas contradicciones desplegadas, consolidó elación de dependencia de los colonos con el DDF y de esta a el fortalecimiento político de este último. Como ya fue ignado, el pasaje de la Oficina de Colonias a la Secretaría obernación del DDF, expresa lo anterior.

De todas formas, esta modalidad de poblamiento si bien sa izo en lo inmediato los requerimientos de las masas urbanas s necesidades políticas del DDF, en su conjunto y a la luz a perspectiva histórica, consolidó un modelo de desarrollo no territorialmente "imparable", ecocida del entorno natu- y eternamente deficitario en infraestructura y servicios. a hacia adelante, que dando mínimas respuestas inmediatas, tiplica geométricamente los problemas futuros.

Este patrón de crecimiento urbano horizontal fue retroalimentado por la lógica de la especulación inmobiliaria, promotora de inversiones y fraccionamientos fraudulentos, que en la mayoría de los casos se efectuó en suelo no privado. Aquí, hubo tolerencia y complicidad del sistema político, el que no solo - se preocupó de amarrar fuertemente los nudos del poder local, - sino que muchos de sus personeros protagonizaron la especulación inmobiliaria absorbiendo voluminosas ganancias.

También mediante las políticas urbanas del DDF persiguió la reconversión de los grupos sociales subalternos, de una masa informe de campesinos sin tierras recién llegados al medio urbano, en un eficiente ejército industrial. El nuevo individuo de la cultura hegemónica fue una meta histórica del DDF. Este nuevo individuo -fuerza de trabajo/mercancía- nunca llegaría a ser, ni estuvo planteado, el ciudadano de la república burguesa. Políticamente su encuadre natural fue el grupo organizado de pertenencia, único interlocutor de sus intereses.

La gestión del DDF tuvo en este período mucho más significación por sus logros políticos y por su trascendencia cultural. Las posibilidades materiales concretas de coadyuvar al desarrollo de las fuerzas productivas fueron relativamente escasas, -- porque la situación del país no lo permitía de otro modo. Adicionalmente, la naturaleza impuso sus condiciones: el problema hidráulico -traer agua y sacarla del Valle- desde éste período absorbió buena cantidad de recursos.

Concluyen las vidas, no los procesos sociales. Por eso que llamarle a éste apartado final "conclusión" suena hasta rículo. El estudio de este período simplemente permite des- trar la genealogía de ciertos procesos y matrices de relacio s inclusive hasta hoy presentes.

Sería absolutamente pueril concluir con enjuiciamientos icos o políticos de lo que sucedió y en buena medida discu-- en el presente. Esta investigación solamente pretendió -- amar la atención sobre ciertos aspectos frecuentemente no in rporados al análisis urbano, y sugerir nuevos ámbitos de re- ación.

Pensar el cambio social y concebir alternativas supone - abajos como éste, pero definitivamente implica una empresa - ítica e intelectual muy diferente.

cular.

Adicionalmente, hay otro complejo factor; la sociedad urbana se halla dividida en clases antagónicas cuya lucha imprime al proceso de urbanización un movimiento constante pautado por las relaciones de poder que sucesivamente se entretejen. De - ahí que sea prácticamente imposible definir una realidad urbana como hecho social estable y autosuficiente. A reserva que el ritmo de los cambios puede ser muy distinto, estos estarán permanentemente generándose.

Por lo tanto, la urbanización capitalista, lejos de ser - un suceso, es un complejo proceso en permanente movimiento en - el que hay que desentrañar los cambios históricos más significativos a efecto de conocer los principales períodos y el ritmo - de su desenvolvimiento.

2. SENTIDO DE LA URBANIZACION CAPITALISTA.

Una de las premisas básicas que se asumen en este trabajo, es que cada sociedad genera sus propias formas espaciales. Estas y dentro de ellas la ciudad como una de las principales formas espaciales, es obra de los hombres y a ellos se debe. Lejos de considerar a las ciudades como entes con vida propia, como hacía el organicismo sociológico, se asume aquí la absoluta subordinación de las formas espaciales al quehacer social.

Por ello, la ciudad en el capitalismo va a tener un sentido único y específico, tan particular como el modo de producción capitalista que emerge históricamente. Esto no quiere decir que en la urbanización capitalista dejen de estar presentes componentes no estrictamente capitalistas que en otras formas urbanas anteriores -o posteriores- adquirieron o adquirirán preeminencia.

Hay una legalidad que explica ese universo urbano aparentemente tan caótico que se manifiesta en la ciudad capitalista. Tal vez esta racionalidad última en la urbanización capitalista sea de las más complejas y difíciles de percibir, sobre todo, si se la compara con otras formas urbanas de más diáfano contenido en cuanto a su sentido histórico. Piénsese en la ciudad teocrática pre-hispánica de Mesoamérica, en la ciudad medioeval o en las ciudades antiguas del Cercano Oriente, cuyas definiciones espaciales tuvieron una gran continuidad -a los ojos del observador actual- con el orden social al que pertenecían.

En el modo de producción capitalista, la ciudad va a jugar un papel primordial en la definición y reproducción de las relaciones sociales de producción, y en consecuencia, en el impulso al desarrollo de las fuerzas productivas.

Partiendo del supuesto de que todas las sociedades encuentran su explicación última en la forma como generan la riqueza material, y que esta premisa tiene particular vigencia en el modo de producción y en la hechura y funcionamiento de las estructuras productivas.

Para comprender lo anterior, uno de los elementos clave es el señalamiento de la significación espacial en el capitalismo.

El espacio, noción abstracta por antonomasia, es un concepto que remite al continente de las cosas y cuya precisión se expresa de manera mensurable, de forma tal que puede afirmarse que la dimensión espacial es básicamente una magnitud.

Esta magnitud espacial se expresa en la ciudad capitalista, a partir de la contiguidad física que produce la concentración de medios de producción y fuerza de trabajo. Este mero hecho de proximidad, tiene un efecto económico directo: son los famosos efectos útiles de aglomeración. [1)]

Para el modo de producción capitalista, resulta indispensable, esta reunión de medios de producción y fuerza de trabajo, cuya conjunción permite el proceso productivo y la conformación de los modernos mercados.

Esta espacialidad de las fuerzas productivas, no es ajena a la conflictividad de clases característica del capitalismo. La utilidad de los efectos de aglomeración se refiere socialmente a la clase dominante, es decir a los propietarios de los medios de producción. La ciudad surge y se desarrolla como otro dispositivo que hace posible y promueve la explotación social y la apropiación de sus beneficios.

Pero la ciudad, además de concentrar medios de producción y fuerza de trabajo, lo hace de cierta forma, de tal manera - que resulta un complemento funcional a dicha concentración. Junto a ella y haciéndola posible, se despliegan las denominadas condiciones generales de la producción. Por un lado, aquellas condiciones generales de la producción que única o predominantemente atienden a la producción y circulación del capital, y por otro lado, aquellas que única o predominantemente - atienden a la reproducción de la fuerza de trabajo. [2)]

Con todo ello, a lo que se está aludiendo es a las infraestructuras urbanas, (drenaje, agua potable, electricidad, vialidad, etc.) y a los servicios urbanos (transporte, comercio, recolección de basura, higiene y asistencia, vivienda, - etc.)

Las condiciones generales de la producción, están dadas en todo el territorio nacional; no se puede afirmar que se trata de un fenómeno estrictamente urbano. Sin embargo la pronunciada concentración y complejidad con que se despliegan en el ámbito urbano, hace que en buena medida se las identifique con

la urbanización.

Analíticamente es factible desdoblar a las condiciones - generales de la producción en su referencia al capital y a la fuerza de trabajo. Esto, materialmente resulta más difícil de determinar. Las redes de drenaje y agua potable son usadas - por el consumo colectivo de las clases subalternas y por la industria y el comercio, lo mismo podría señalarse de la vialidad.

Por ello el concepto de condiciones generales de la producción tiene una clara expresión cuando se refiere a la producción en sentido amplio (producción + circulación + consumo) y su desagregación encuentra dificultades prácticas aunque analíticamente es plenamente vigente.

La concentración de medios de producción, fuerza de trabajo y condiciones generales de la producción, tiene una expresión espacial que puede subdividirse en lo que se refiere a la morfología urbana y a la dinámica urbana.

Desde el punto de vista de la morfología urbana, las mencionadas categorías económicas definen en la traza urbana, la zonificación de funciones y la segregación social.

Con la zonificación se alude a la localización física - más o menos homogénea de las principales funciones generadas - al interior de la ciudad; industria, comercio, servicios, habitación, recreación, etc. Es decir, en la ciudad capitalista, hay una tendencia a que cada función se concentre en una o varias zonas de la ciudad.

La segregación social, se refiere a una tendencia a expresar en espacios urbanos específicos los diversos estratos de la jerarquía social, en donde se distribuye con base en esta jerarquía social los diversos espacios urbanos.

Esta verificación espacial bajo la óptica morfológica sería totalmente equívoca si no se la conjuga con una perspectiva de dinámica social. Al respecto, cabe señalar la movilidad como un elemento característico de la urbanización capitalista.

Movilidad de bienes y personas que no solamente se manifiesta en la cotidianidad de los movimientos urbanos, sino también en la movilidad de la zonificación y segregación que sufren un permanente proceso de cambio y modificación espacial al ritmo del crecimiento y transformación de la ciudad. Por eso es que con frecuencia, y en particular en las ciudades con acelerado crecimiento, no es claramente perceptible la segregación social y la zonificación.

Toda esta caracterización de la urbanización capitalista, no es fluída ni armónica. Existen un conjunto de contradicciones, la mayor parte de ellas insalvables, que hacen a las ciudades focos permanentes de conflictos reales y potenciales.

Tal vez la contradicción más importante sea la que se da entre la necesidad de socializar el espacio, socializando las fuerzas productivas, y el carácter privado de los medios de producción y de apropiación de la ganancia.

La ciudad capitalista subraya la necesidad histórica de so-

cializar los procesos urbanos, es decir, ponerlos al servicio de una racionalidad que centre su objetivo en el beneficio colectivo. Esta necesidad de socialización choca constantemente con las imposiciones de la propiedad privada (del suelo urbano y de los medios de producción) y de la mercantilización de la mayoría de las relaciones sociales.

Uno de los aspectos más destacables del cuadro estructural descripto, es el de la movilidad. En sus orígenes, la sociología urbana surgió casi como una respuesta para comprender esta incesante movilidad urbana. [3] Metáforas analíticas de tipo organicista, como la de señalar a la ciudad como un panal de abejas en cuyo interior los individuos viven un constante movimiento al servicio del todo, fueron muy recurrentes en los primeros tiempos de la sociología urbana. En la ciudad capitalista, la movilidad se explica a partir de los procesos de circulación del capital.

La movilidad encuentra su explicación última en otra noción igualmente abstracta a la de espacio, y análogamente clave para comprender los procesos sociales de la urbanización capitalista: el tiempo. Espacio y tiempo son dos magnitudes complementarias e insoslayables para el análisis de la ciudad capitalista.

El tiempo, basicamente el tiempo de trabajo, es el elemento fundamental para comprender la naturaleza de la mercancía y la teoría del valor. Considerando al capital en tanto unidad en su proceso de rotación, el tiempo también asume un papel fun-

damental. Tiempo de producción más tiempo de circulación compo nen el tiempo de rotación: [4]

$$TP + TC = TR$$

Ello supone que en el tiempo de producción está incluído el proceso de trabajo más todos los otros posibles tiempos que cada rama de la producción agrega a los procesos de trabajo e - inclusive las contingencias que se puedan crear antes de supe-- rar la esfera de la producción.

En el tiempo de circulación es que se va a estar operando el pasaje del capital mercancía al capital dinero (M-D;). En - este período se incluye el proceso de venta de las mercancías - (almacenamiento, las ventas parciales, el transporte, etc.).

El tiempo que mide la cantidad de trabajo existente en la mercancía es la hora. El tiempo que mide la cantidad de horas que proporciona la fuerza de trabajo, es la jornada diaria. El tiempo que mide la rotación del capital es el año.

He aquí una fragmentación del tiempo, históricamente revo lucionaria que subdivide las vidas individuales y los procesos sociales en horas, días y años, y sus sub-múltiplos. A reserva de todas las implicaciones culturales que ello tiene y que más adelante se observarán, lo que ahora interesa destacar es que - en éste contexto temporal el objetivo principal es el uso del - menor tiempo posible (de producción, de circulación, de rotación del capital).

Con ello se arriba a la movilidad y a la gradual mayor ve locidad que a ella se le imprime en los traslados que suponen -

la rotación del capital. Traslados en sentido amplio, que supo nen los movimientos de las mercancías, los servicios que para - ello se instauran (transportes, crédito, propaganda, etc.) - los traslados de esa mercancía mágica que en el capitalismo "ge nera valor" que es la fuerza de trabajo.

Todos estos procesos temporalmente medidos, que se expre- san en la movilidad, se manifiestan en todo el territorio nacio nal e inclusive a escala del mercado mundial: piénsese en la - transportación de mercancías por tierra, mar y cielo, los flu-- jos de fuerza de trabajo migratoria, la circulación de mensajes radiales, televisivos y por otros medios eléctricos y electróni cos. Pero en las ciudades se expresan de manera mucho más in-- tensa debido a la concentración de medios de producción y fuer- za de trabajo, y más genéricamente debido a la existencia de - ese gran mercado que es la ciudad.

Desarrollo de medios de comunicación de bienes y personas, y de mensajes, así como sus soportes físicos, coadyuvan para in cidir en la traza urbana destacando cada vez más a la vialidad e imponiendo en los individuos la presión del tiempo en la ur-- gencia de los desplazamientos, paradojalmente cada vez más pro- longados por obra del crecimiento de la propia ciudad.

La aparición del automóvil implica una respuesta a esta - necesidad de velocidad circulatoria. Su generalización pone de manifiesto la contradicción entre el uso privado del automóvil y la necesidad de un uso social de la vialidad y los medios de transporte. La imposibilidad de superar en términos capitalis-

tas esta contradicción, promueve el uso de nuevos medios de transporte como el helicóptero y otros que usan el espacio aéreo; debido a la imposibilidad de un uso fluido y veloz de la traza vial, se recurre a un uso más riesgoso pero más rápido. La elevada inversión para el uso del subsuelo urbano, implica que cuando ello ocurre sea para atender los requerimientos del transporte colectivo, es decir de las mayorías urbanas.

Otro de los aspectos centrales de la urbanización capitalista se refiere a la renta urbana, tema éste al que se dedicó una importante vertiente de la sociología urbana marxista. Sin negarle importancia al punto, la renta urbana y sus posibles modalidades no permiten reconstruir una explicación de fondo de la ciudad capitalista.

Como ya se dejó consignado, la caracterización central de la ciudad, se refiere al fenómeno de concentración y su causalidad con las relaciones sociales de producción, y en concreto con el proceso de acumulación capitalista.

La renta urbana y sus diversas formas, ilustra sobre la característica del crecimiento urbano, el papel de los agentes inmobiliarios (su definición,el márgen de ganancia, etc.) o sobre ciertos aspectos de la fisonomía urbana determinados por la renta. Por ello, el análisis de la ciudad capitalista debe incorporar el estudio de cómo opera la renta del suelo urbano, pero no es en ésta categoría que se puede entender el sentido histórico de la urbanización capitalista.

No está de más insistir, que el hecho de caracterizar a la ciudad capitalista como se ha venido haciendo, no quiere decir ignorar otra serie de fenómenos y procesos no estrictamente económicos que complementan, se superponen y sobredeterminan los aspectos estructurales señalados. Precisamente por esto, es que en todas las ciudades capitalistas hay una cierta legalidad semejante, pero es imposible encontrar dos ciudades idénticas.

Al respecto, uno de los factores más específicos e irreproducibles en su individualidad, es todo lo que se refiere a los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo en el espacio urbano, en cuya causalidad se entrelazan factores económicos, políticos y culturales sumamente propios de cada sociedad e inclusive de cada ciudad en cuestión.

La comprensión de las diversas modalidades de reproducción de la fuerza de trabajo, pasa necesariamente por el estudio y registro de las formas del consumo colectivo.

En el capitalismo la forma salario no cubre la totalidad de las necesidades de reproducción del trabajador. Con variantes y oscilaciones históricas, aspectos como la infancia, la vejez o la vivienda, no pueden cubrirse con el salario.

La cobertura de las necesidades sociales, ya sea mediante el salario o por otras vías, remite a las formas de consumo y deja una fuerte impronta en la definición de las formas espaciales, es decir en la estructura urbana. [5]

Históricamente estas formas de consumo pueden agruparse en una doble clasificación:

- formas de consumo privadas y socializadas
- formas de consumo mercantilizadas y no mercantilizadas.

Las formas de consumo privadas son las realizadas al interior de la unidad familiar; las socializadas son las que se realizan colectivamente a nivel grupal. La segunda clasificación se establece tomando en consideración la remuneración monetaria o no de la forma de consumo; es decir su pertenencia o no a un circuito mercantilizado.

En el capitalismo desarrollado desde los orígenes de la revolución industrial hasta los tiempos actuales, se presencia una tendencia en el consumo de la fuerza de trabajo, que evoluciona de las formas socializadas a las privadas, y de las formas no mercantilizadas a las mercantilizadas.

En el caso de las formas privadas, debe anotarse que en los orígenes de la ciudad industrial también tenían mucho peso, pero con la característica de que se trataba de una unidad familiar distinta a la actual. Se trataba de una familia ampliada a cuyo interior se cuidaban a los enfermos, los niños y los ancianos, en ocasiones se cultivaba un pequeño huerto y se elaboraba parte de la indumentaria requerida. De manera que no obstante tratarse de la unidad familiar, tal vez se estaba más próximo a una forma socializada, que a una forma privada tal cual se la observa en el presente.

Desde el punto de vista de la urbanización, esta evolución

del consumo de las clases mayoritarias (reproducción de la fuerza de trabajo) va a tener una directa expresión.

En tiempos de la unidad familiar ampliada y del auge de las formas de consumo socializadas, la vivienda obrera va a estar expresando esta situación, y tendrán plena vigencia las unidades barriales con todo su fuerte componente de consumo colectivo vía un vasto conjunto de mecanismos de ayuda mutua (intercambio de servicios, cuidado de niños y enfermos, uso colectivo del espacio público para el tendido de ropa, la recreación o el cuidado de animales domésticos, etc.)

Complementariamente coexistían instancias de organización colectiva para el consumo como sindicatos, uniones, cooperativas que coadyuvaron a sobrellevar las brutales insuficiencias en el consumo que en esa fase histórica van a estar planteadas.

En este cuadro, también va a incidir la estructura del comercio. Este comercio, que atiende las formas de consumo mercantilizadas de las clases populares está expresado en múltiples pequeñas unidades especializadas por líneas de productos y se insertan en la unidad barrial.

En esta fase primaria de la ciudad capitalista, la zonificación ya empieza a quedar clara, pero las zonas habitacionales de las clases populares van a estar estructuradas a partir de este esquema de unidades barriales.

El desarrollo del capitalismo y el subsecuente desarrollo urbano con la mencionada evolución de las formas de consumo incrementará la zonificación y la segregación conjuntamente con

la expansión de la mancha urbana.

La intervención estatal en la realización de las condiciones generales de la producción, y particularmente en la reproducción de la fuerza de trabajo, va a contribuir a la separación física de las funciones urbanas (por decisiones puntuales o mediante planos reguladores) y progresivamente se irán constituyendo "ciudades dormitorios" por vía de nuevos fraccionamientos o directamente mediante voluminosos conjuntos habitacionales.

Como es de suponer esta evolución implica alejamiento de los lugares de trabajo, mayor tiempo de transportación, incremento de la vialidad y el automóvil propio, lejanía de los servicios (comercio, educación, recreación) y lo que es más significativo, destrucción de la unidad barrial en tanto espacio de convivencia, consumo colectivo, intercambio social y afectivo y espacio de recreación. Es la consumación de la "impersonalidad" de la ciudad contemporánea urbanísticamente deshumanizada y socialmente orientada hacia un cada vez más marcado encierro en el individuo.

También se produce un importante cambio en la estructura del comercio con la instauración y generalización de los supermercados y centros comerciales en tanto emporio del consumo múltiple sustituyendo y desplazando al pequeño comercio.

Espacialmente, ello trae aparejado el alejamiento del lugar en donde se adquieran las mercancías del lugar donde se vive con la ya mencionada necesidad de nuevos y más prolongados -

desplazamientos.

Esta nueva estructura del comercio es correlativa al incremento social de las formas de consumo mercantilizadas, a saber, supone que el trabajador adquiere monetariamente un conjunto de nuevos artículos de consumo que antes no existían o que prescindía de ellos.

Este "consumismo" en buena medida expresa la expansión del capitalismo en cuanto a sus posibilidades productivas; el crecimiento inaudito del "arsenal de mercancías" que ya no solamente se ofrecen a los estratos medios y altos, sino a la totalidad de la sociedad. La aparición y generalización de los denominados bienes de consumo duradero (automóvil, refrigerador, lavarropas, televisor, etc.) constribuye y en buena medida hace posible (piénsese en las posibilidades de conservación doméstica de alimentos que introdujo el refrigerador) la modificación de las formas de consumo.

En las áreas metropolitanas del capitalismo dependiente, los procesos mencionados en referencia a la reproducción de la fuerza de trabajo y su expresión espacial, sin perder vigencia se ven enriquecidos con una serie de particularidades.

En líneas generales la urbanización del capitalismo dependiente plantea una mucho más categórica estratificación social y por consecuencia en las formas de consumo y en su expresión espacial.

La mencionada evolución histórica de las formas de consumo de las clases mayoritarias, en el capitalismo dependiente se

lamente involucra a las clases medias y altas, y a un porcentaje minoritario de la fuerza de trabajo en activo.

Un importante contingente social queda excluído de las nuevas formas de consumo (privadas y mercantilizadas) y por ello debe intentar subsistir con los tradicionales dispositivos de la ayuda mutua y la familia ampliada.

En cierto tipo de necesidades sociales estrictamente urbanas (vivienda y sus servicios básicos, electricidad, agua potable y drenaje) las carencias involucran con frecuencia a una mayoría de la población urbana que debe prescindir del servicio, o bien proveérselo con sus propios medios. Ello ocurre inclusive con trabajadores industriales y asalariados del sector de servicios que a pesar de recibir una remuneración con carácter regular y a veces superior al salario mínimo, no les alcanza para cubrir dichas necesidades.

Por eso es que se ha afirmado con razón, que en el capitalismo dependiente la marginalidad urbana es superior a la social. 6)

Este cuadro social se ve expresado en las áreas metropolitanas del subdesarrollo, ciudades con acelerado crecimiento demográfico (social y natural) y en rápida expansión horizontal, que configuran un esquema de segregación urbano (por lo que a los servicios se refiere) social (en lo relativo a las clases que habitan los espacios) y cultural (por las prácticas y hábitos que en los diversos estratos se manifiestan).

Finalmente lo que debe destacarse, es que estas disparidades en el consumo con todas sus representaciones espaciales, sociales y culturales, es una consecuencia directa de la realidad salarial, es decir, de la forma histórica como se adquiere la fuerza de trabajo.

Por eso, es que no se debe perder de vista la razón última de esta compleja y equívoca fenomenología urbana en el capitalismo, en cuanto a su vinculación estrecha con el modo de producción, y en particular su funcionalidad al respecto. La caracterización de la ciudad capitalista como un valor de uso complejo al servicio del capital, puede parecer exageradamente economicista y hasta parcial en la consideración exclusiva del aprovechamiento capitalista de la aglomeración urbana. 7)

No obstante, dejando consignadas todas las relativizaciones y mediaciones correspondientes, efectivamente la urbanización capitalista es una forma espacial que es condición necesaria (aunque no suficiente) para el desenvolvimiento de las relaciones sociales de producción capitalistas.

La urbanización, económicamente así caracterizada, también va a ser causa y consecuencia de otros aspectos inherentes al desarrollo capitalista pero vinculados al proceso civilizatorio que este emprende.

Con esto, a lo que se desea aludir, es el gran ámbito de la reproducción social, es decir, la reproducción de las relaciones existentes de producción.

Es sabido, que toda sociedad en todo momento histórico, necesita de cierta "inercia" que haga posible el despliegue y la estabilidad de las relaciones de producción, o sea, los procesos de trabajo que hacen posible la generación de riqueza.

Para verlo con algunos ejemplos, en el capitalismo es indispensable que los obreros lleguen diariamente a trabajar a sus fábricas, las mujeres cocinen y limpien las casas, los niños concurran a la escuela, los alimentos se ingieran a las horas establecidas, se duerma por la noche, etc. Un conjunto de actividades que los individuos las desempeñan casi automáticamente sin detenerse a analizar la naturaleza y proyección de sus actos. Como se decía, esto es propio de cualquier sociedad, lo que cambia históricamente es el tipo de actividades que los hombres realizan y los fundamentos esgrimidos para su realización.

Por ello en la reproducción social va a haber dos grandes ámbitos que la harán posible, y que en el capitalismo así ocurren: por una parte, la reproducción (simple o ampliada) de los medios de producción y de la fuerza de trabajo en atención al desarrollo de las fuerzas productivas, o sea, los grandes procedimientos vinculados con la generación de bienes materiales.

Por otra parte, va a existir un "impulso" que subjetivamente hará posible que los individuos cumplan las actividades históricamente necesarias para hacer posible la reproducción social.

Se designa provisoriamente como "impulso" lo que Althusser engloba bajo el nombre de sistema educacional a cuyo cargo estaría el aprendizaje técnico y el aprendizaje de las reglas de dominación del orden establecido. 8)

Sin negar la existencia y las funciones de este sistema educacional, se estima que su estructura, sus funciones y su presencia material y "espiritual" son mucho más vastas y complejas de lo que indicaría el término sistema educacional.

Retomando toda la aportación del estudio de Althusser, en este trabajo se prefiere hablar de cultura para denotar los aspectos mencionados. Cultura entendido en su más amplia acepción, tal como lo hace Tylor: "...aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad". 9)

Por tanto, la educación sería el proceso de comprensión y aceptación de la cultura existente en todas sus manifestaciones.

A diferencia de Tylor y la corriente denominada de Antropología Cultural, se entiende que la cultura de una sociedad dada y en particular en el capitalismo, lejos de ser un bloque ho

nogéneo, está en permanente cambio como consecuencia de la lucha de clases que la perturba y por momentos la desgarra.

Es así, que la reproducción social en el capitalismo, requiere de un proceso de imposición cultural por parte de las clases dominantes, cuyo sostenimiento y desarrollo depende del logro de un estado de equilibrio entre las clases en pugna.

Este proceso de imposición cultural va a tener un agente promotor de primer orden -más no el único- que será el Estado. Mediante el sistema educacional institucionalizado, pero también a través de muchísimos otros dispositivos históricamente cambiantes, el Estado velará por la preservación de una dirección cultural de la sociedad en su conjunto.

A su vez, corresponde aclarar un poco más, la relación entre las estructuras objetivas de la sociedad -las relaciones sociales de producción y este intrincado proceso subjetivo que estará alimentando su conservación. Todo lo cual conduce a intentar esclarecer la determinación de lo cultural por lo económico.

Al efecto, se entiende como en última instancia determinada por lo económico, no en única instancia. Asimismo, lo cultural estaría representando una muy marcada autonomía relativa en el sentido de que no es ni absolutamente independiente respecto de las estructuras, los conflictos y las transformaciones sociales, ni tampoco está totalmente determinada por esos factores.

Habría un triple fundamento de esta autonomía relativa expresado en:

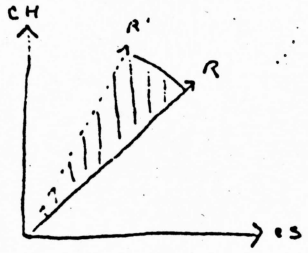
- Un hábito social cuya internalización lo convierte en "información somatizada" y que posee una cierta consistencia psico-social que lo hace refractario a cambios bruscos y repetidos, generando así, una tendencia a la reproducción de tal cultura.
- Una dimensión objetiva/factual que se actualiza en prácticas, objetos y discurso socialmente compartidos que le brinda a cualquier sistema cultural una cierta autonomía y continuidad.
- Una dimensión material/institucional, donde existe de manera codificada, cristalizada en agencias de socialización no necesariamente especializadas donde el individuo "aprende a ser social".[10]

Este proceso de imposición cultural, con las características señaladas y que el Estado promueve, está plagado de vallas y contrincantes que históricamente impiden su plena puesta en práctica. En la médula de este designio, está la ideología dominante que consiste en un "informe y explicación" de la sociedad y el devenir social, al servicio de una determinada concepción del mundo y de la vida.

Las vallas y contrincantes que impiden su total aceptación van a ser expresiones culturales contradictorias o disfuncionales a la cultura que se busca imponer. Por ello es que se hablará de cultura hegemónica y culturas subalternas. Estas últimas serán manifestaciones más o menos embrionarias de nuevas ideologías representadas en correlativas prácticas culturales, o bien, permanencias del pasado que no acaban de extinguirse y que se enfrentan a la cultura hegemónica. Esto último políticamente -tomando como referencia el cambio social- puede tener un sentido -

progresivo, conservador o incluso reaccionario.

Este movimiento cultural contradictorio, puede expresarse gráficamente de la siguiente forma:



Si CH expresa el movimiento cultural de la cultura hegemónica, y CS es de la cultura subalterna, R expresa la resultante de ambas que será lo que históricamente se observa en la sociedad. Por ser CH precisamente hegemónica, es decir la expresión de los grupos dominantes, la resultante sufrirá oscilaciones pero siempre dentro del arco R-R ya que nunca será concebible -como ya se dijo- que la resultante coincida absolutamente con la cultura hegemónica. Ello es un imposible histórico ya que se estaría negando la existencia de clases antagónicas y consiguientemente de culturas subalternas (por débiles que estas sean). Este es precisamente el gran error de la antropología cultural e inclusive del estructuralismo antropológico probablemente motivado por el tipo de sociedades estudiadas. -sociedades primitivas- en las que resulta más complicado que en el capitalismo, reconstruir los procesos de lucha de clases.

La forma de indagar las manifestaciones de la cultura hegemónica y las subalternas varían. Desde el punto de vista de las huellas o testimonios, la cultura hegemónica es muy rica y en el curso de los años, (inclusive cuando la sociedad que le ha dado nacimiento desaparece), preserva los documentos de su existencia -desde ruinas hasta escritos-.

Por su parte, rastrear las culturas subalternas es mucho más difícil ya que son pocas sus huellas imperecederas. En las sociedades contemporáneas implica necesariamente una "investigación participante" que permita a través de vivencias concretas captar y descodificar su existencia.

La perspectiva de este trabajo es la de la cultura hegemónica en el capitalismo. Si bien ello tiene la ventaja de una mayor facilidad de acceso a los documentos testimoniales, el indagar con la mayor profundiad posible el sentido de estos testimonios, tiene el valor de avanzar en el pleno conocimiento de las condiciones de producción y existencia de la cultura hegemónica, condición necesaria aunque no suficiente, para su superación histórica.

A estas alturas surge ansiosamente la siguiente pregunta ¿a qué se debe este largo rodeo acerca de la cultura, en un trabajo que está analizando la urbanización capitalista?.

En primer lugar, ocurre que el espacio urbano es el ámbito principal de despliegue y contestación de la cultura hegemónica. En la medida de que los procesos fundamentales referidos al desarrollo de las fuerzas productivas el capitalismo los im-

pulsará en la ciudad -debe recordarse que el sentido histórico de ésta era la industrialización- a su interior es que se vivirán con mayor intensidad los procesos políticos y culturales correlativos a las relaciones sociales de producción.

Ello ha conducido a la gran confusión de buena parte de la sociología moderna, al hablar de una categoría específica, la cultura urbana. Al respecto, la crítica de M. Castella a ésta corriente es absolutamente válida: no hay tal cultura urbana, lo que existe es la cultura burguesa. [11)]

En el capitalismo emerge una cultura históricamente nueva -que primero es subalterna y luego hegemónica- que territorialmente acompaña la localización de las fuerzas productivas (medios de producción y fuerza de trabajo) por lo que surge en las ciudades y de allí se irradia a todo el territorio nacional y en general, al mercado mundial en un proceso de continua expansión.

Culturalmente el capitalismo urbaniza a la humanidad. Ello también tiene un referente demográfico, expresado en una tendencia cada vez más aguda a la urbanización de la población como consecuencia de las subsecuentes migraciones del campo a la ciudad. Paradojalmente el capitalismo cumpliría el viejo aforismo romano "urbis et orbe".

Sin embargo, los procesos culturales del capitalismo adquieren cierta especificidad en el ámbito urbano, dada fundamentalmente por la mayor intensidad y difusión con que se realizan. Es esta particularidad la que ha motivado a seguir hablando de

"cultura urbana".

Pero la ciudad no es exclusivamente el escenario principal en el que surge y se extiende la cultura burguesa. Allí también coexistirán aparatos estatales específicos con funciones y atribuciones genéricamente englobadas bajo el nombre de urbanismo, que contribuyen muy especialmente a consolidar la ideología dominante, y por consecuencia a edificar trabajosamente pero sin pausas la hegemonía política.

En el contexto de estas particularidades con que la cultura burguesa va a desplegarse en la ciudad, es que pueden registrarse una serie de procesos típicamente urbanos que estarán coadyuvando a la construcción y preservación de dicha hegemonía política.

4. LA CULTURA HEGEMONICA.

Siendo tan importante el proceso de imposición cultural, en tanto factor de cohesión social, conservación del orden constituido y promotor de las relaciones sociales de producción capitalista, es fundamental hurgar en la genealogía o conformación histórica de la mencionada cultura hegemónica. Indagar la genealogía de estos procesos culturales -con la necesaria retrospección histórica que ello implica- es la única forma que hace posible comprender su desarrollo y el estado actual en que se manifiestan.

Con frecuencia se han pensado cambios revolucionarios, ligados a las estructuras económicas, pero sin considerar los mecanismos culturales vigentes y a partir de ello pensar su alternativa. Tal vez por eso es que en el presente se visualicen algunos estrepitosos fracasos de revoluciones triunfantes del siglo XX.

Al considerar a la ciudad como uno de los principales escenarios de la cultura hegemónica en el capitalismo y hasta como un activo portavoz de dicha cultura, corresponde rastrear algunos de los principales factores que permitieron forjar este estado de cosas.

Los principales momentos de la historia se caracterizan por rupturas o cambios muy importantes, que modifican las tendencias y en general la dinámica social arrastrada hasta esos momentos. Estas circunstancias, en la mayoría de las veces se las sitúa en acontecimientos políticos como revoluciones, invasiones, muertes o nacimientos de personajes, a los cuales se les

asigna un valor casi mágico en las transformaciones a las que se alude.

Lejos de ello, la realidad social es mucho más compleja, densa y por momentos inerme para sufrir tan importantes cambios a partir solamente de ese tipo de sucesos.

Por eso, para comprender en profundidad ciertos procesos modernos o contemporáneos la tarea del investigador es sumamente difícil y tediosa, ya que se trata de hilvanar un complejo y en ocasiones inentiligible tejido en el que solamente la observación del conjunto permitirá entender el cambio, o lo que es igual, cómo es lo nuevo y sus diferencias con lo viejo. Es así, que por oposición a una historia que busque situar orígenes se ha hablado de una historia que establezca genealogías de los procesos. [12)]

A partir del siglo XVII comienza a desarrollarse en el mundo occidental una especie de revolución cultural cuyos efectos plenos prácticamente se generalizarán en el siglo XX.

El espacio de este proceso va a ser Europa Occidental y parte de su periferia geográfica, es decir, lo que en esa época eran sus colonias ultramarinas. Por lo tanto, es el espacio en el que ya está presente y en pleno desarrollo el capitalismo mercantil y en donde surgirá y adquirirá su principal impulso el capitalismo industrial.

Esta revolución cultural va a introducir modificaciones radicales entre las que puede destacarse principalmente tres:

- Una nueva forma de pensar o episteme que redefinirá el pensamiento y la teoría, permitiendo un nuevo y más intenso acopio de información acerca del hombre y la naturaleza.
- Una nueva forma de ejercer el poder.
- La conformación de un nuevo individuo; es decir una redefinición de los hombres en cuanto a lo que son y lo que deben hacer, que al estar muy vinculada a las nuevas formas de poder emergentes, va a tener particular énfasis en reconocer el cuerpo humano bajo los nuevos designios. 13)

Estos cambios que en el siglo XVII empiezan a ponerse en práctica, a ensayarse, a corregirse, a reinventarse, son en buena medida el desarrollo de un largo conocimiento acumulado desde la antigüedad y que en el difícil período de la Edad Media supieron atesorarse y practicarse en los conventos y ordenes religiosas fundamentalmente.

A partir del siglo XVII emergerán autofecundándose, y en todas sus modalidades y manifestaciones cumpliendo un profundo designio histórico de conformar un nuevo individuo. Se trata del nuevo individuo -o la nueva sociedad- que un siglo después va a posibilitar la revolución industrial.

Para hacer posible este nuevo individuo, sujeto activo y pasivo del poder que se está acuñando, pueden detectarse dos grandes factores que van a estar accionando este cambio: por un lado un conjunto de diferentes prácticas sociales que pueden aglutinarse bajo la denominación de *disciplinas*, y por otro lado una serie de nuevos mecanismos de corrección que harán posible la imposición de dichas disciplinas, que son los *medios de encauzamiento*.

Se puede decir que el objetivo principal de las disciplinas es el cuerpo humano. Pero aunque no lo proclame, este actuar sobre el cuerpo va a estar operando una profunda modificación en la personalidad de los seres humanos; por ello es que las disciplinas estarán conformando históricamente un nuevo individuo.

Con las disciplinas nace un arte del cuerpo con el cual se pretenderá hacer que los cuerpos sean más útiles y obedientes; se trata de inducir a hacer cosas y de cierta forma, de manera de aumentar las fuerzas del cuerpo en términos de utilidad.

Surge una verdadera anatomía política de los cuerpos en donde se conjugan procesos de conocimiento del físico humano con procesos de sumisión y utilización cualitativamente mucho más intensos.

Varias van a ser las instituciones que controlarán y promoverán el conocimiento emergente de las disciplinas, su aplicación y las sucesivas innovaciones. Algunas de las principales instituciones fueron el ejército, los hospitales, los colegios, las primeras manufacturas, las prisiones.

Las disciplinas proceden distribuyendo a los individuos en el espacio de acuerdo a los siguientes principios: 14)

. Principio de clausura. Es lo que se le ha denominado "el gran encierro", a través del cual las instituciones anterior

mente mencionadas, proceden a encerrar más o menos rígidamente a los individuos operando separaciones tajantes arquitectónicamente manifiestas con el resto de la sociedad. En todos los casos habrá razones prácticas que se esgrimen como el peligro de contagio de los enfermos, los disturbios que ocasionan las tropas de los ejercitos o las técnicas pedagógicas en los colegios.

- Principio del espacio analítico. Aquí el encierro se proyecta al individuo, que es apartado del conjunto para su confinamiento individual. Espacios celulares que encuentran su antecedente en las celdas de los conventos, pero que subrayan la individualidad de la separación rompiendo el "espíritu de cuerpo" o la conciencia de comunidad, tan profunda hasta ese momento. Mediante la separación individual se pretende enaltecer -para bien o para mal- la conciencia y responsabilidad personal.

- Principio de los emplazamientos funcionales. El origen más identificable de esto son los hospitales marítimos. Se trata de localizaciones de encierro a las que tendencialmente se les va asignando funciones específicas cuyo objeto podrá ser incrementar los conocimientos (hospitales, asilos, escuelas) o aumentar la eficacia (cuarteles, fábricas.)

- Principio del rango. La espacialización de las disciplinas bajo los principios anteriores, establecerá al interior de los emplazamientos rangos jerárquicos que distribuyen funciones y poder en una compleja clasificación en la que cada individuo y grupo de individuos encuentra su lugar.

Estas disciplinas asi distribuidas en el espacio operan también una redefinición del concepto del tiempo a efectos de multiplicar el control de la actividad.

Con origen también en el tiempo religioso de los conventos (tiempo del sueño, de las plegarias, de las labores, de la conversación, de la alimentación, etc.), se reconstruye a nivel individual la elaboración temporal de los actos. Estos se descomponen en sus elementos con lo que el tiempo así considerado acaba penetrando los cuerpos.

Obviamente, esta reelaboración temporal de los actos será uno de los elementos más importantes para la conformación del individuo industrial. El tiempo de trabajo como base de valoración -teoría del valor- sujeto a ritmos establecidos por los procesos productivos y sumamente controlados con lo que el control del trabajo, también pasa a ser un control sobre la calidad del tiempo y su uso. Todo ello como uno de los principales supuestos que harán posible el desarrollo del trabajo asalariado.

Las disciplinas operan para sumar y capitalizar el tiempo. Este, de acuerdo a un esquema analítico previo, se descompone en trámites separados, que permiten pruebas parciales, el establecimiento de series de series de actos y un mayor control del individuo al ser observado en cada serie. Los procedimientos de instrucción militar o de técnicas pedagógicas, desarrollarán todo esto, de manera que la instrucción se aceptará como la re-

petición ilimitada de actos fragmentos (planas de escolares, - ejercicios de manejo o presentación de armas, ejercicios físi-- cos de repetición hasta el cansancio para "educar" o desarrollar partes aisladas del cuerpo).

Esto va a determinar el surgimiento de la noción del tiem po evolutivo que sustenta la idea del progreso social. Correla tivamente a la génesis de este nuevo individuo es que se empeza rá a contabilizar el "progreso" de las sociedades.

Por último, las disciplinas operarán como constructoras - de una nueva maquinaria humana en la que no solamente se han in corporado los cambios en los cuerpos aisladamente considerados, sino que estos cambios individuales se imbrican en una conside- ración del conjunto de individuos como un engranaje complejo en el que cada cuerpo singular se sincroniza. Esta combinación - del tiempo singular de cada cuerpo se va a orientar a multipli- car la potencia del colectivo.

Correlativamente, al interior de este engranaje colectivo se irá consagrando un nuevo sistema de mando entre cuyas caracterísiticas destacarán la índole de las ordenes que serán siem-- pre breves y claras, y la semiótica de esta jerarquía en la que se hará énfasis en marcar con signos visibles y comprensibles a los diversos administradores del poder.

Estas nuevas prácticas sociales denominadas disciplinas - tendrán su complemento en lo que se denominan *medios de encauza miento*.[15] Mientras las disciplinas "fabrican" los individuos, aquellos "enderezan las conductas". En alguna medida, podría -

decirse que los medios de encauzamiento son el momento de la - coerción que esta revolución cultural impone.

Pueden agruparse en tres grandes dispositivos:

- La vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen.

Tal vez lo que aquí quepa destacar de la vigilancia jerár quica es su importante expresión en la arquitectura. Con orígo nes en la estructura del campamento militar, hasta el diseño de ciudades nuevas, pasando por la arquitectura interior de los - edificios sede de las instituciones disciplinarias, es común la huella de un poder central que observa, registra y procede al - encausamiento.

Por su parte esta función de vigilancia jerárquica va a - darle nacimiento a todo un nuevo personal cuya función, única, permanente y exclusiva es vigilar. Este nuevo personal va a ju gar un papel primordial en la fábrica capitalista en tanto ope- rador económico ya que su vigilancia en el control productivo - reducirá costos e incrementará la ganancia; simultáneamente se- rá una pieza clave del poder disciplinario actuante en el espa- cio productivo.

La sanción normalizadora va a estar caracterizada por un actuar por debajo de las leyes, por ello es que se la denomina- rá como micropenalidad que penaliza, el tiempo, la actividad, - la manera de ser, la palabra, el cuerpo y la sexualidad.

Este castigo por lo general opera como algo natural, con- secuencia inmediata del error. Esta "naturalidad" subrayará la culpa y la verguenza antes que el dolor.

Por último, el examen es otro medio de encauzamiento me-- diante el cual simultáneamente se ejerce el poder disciplinario y se alimenta su saber a partir del conocimiento, la observación y el registro del examinado.

Así pues, las sociedades occidentales van forjando una - nueva matriz cultural, uno de cuyos hilos conductores son estas prácticas disciplinarias y su correlativo poder que las impulsa. Por ello es que una vez desenvuelto el capitalismo industrial ya en sus fases de la gran industria y el monopolio, es factible - hablar de las sociedades occidentales como sociedades disciplinarias en las que ya se ha implementado masivamente esta nueva matriz cultural.

Esta nueva cultura, en la que aquí se subraya su perfil - disciplinario, encontrará su ámbito central de anclaje y expansión en las ciudades. En buena medida, las principales instituciones en las que se irá gestando este poder disciplinario ya - estaban en las ciudades (asilos, hospitales, cuarteles, cole-- gios) y en la mayoría de los casos las nuevas instituciones también van a las ciudades.

El poder político -que no es lo mismo que el poder disciplinario-, también ya estaba asentado en las ciudades.

Esto va a determinar que el espacio urbano se convierta en nuevo entramado de relaciones sociales muy regidas por las disciplinas aludidas y que a partir del siglo XIX tendrán una funcionalidad absoluta con los procesos productivos del capitalismo industrial que irrumpirá.

Desde el punto de vista urbanístico, esta nueva cultura - del individuo y del poder, de las nuevas jerarquías y de las microcriminalidades y de la disolución progresiva de las antiguas solidaridades y uniones, va a empezar a plasmarse en la denominada ciudad barroca. [16)]

Este tipo histórico de ciudad, surge y se desarrolla con la consolidación de las monarquías absolutistas y en consecuencia con el nacimiento del estado moderno.

Se trata de una nueva definición espacial de la ciudad que si bien ya se había proyectado en el Renacimiento, tendrá que - aguardar a los siglos XVII y XVIII para materializarse.

Correlativamente a ese nuevo gran poder que ha surgido - -el monarca y su burocracia- se definen ciudades capitales que serán las sedes permanentes de este poder. A su interior se - trazan nuevos espacios y edificaciones entre las que destaca el palacio real.

Urbanísticamente tres principios determinan esta transformación: la línea recta, la construcción programada y la perspectiva. Ha nacido una suerte de monumentalidad urbana, claramente emparentada con las ciudades romanas pero con una especificidad que la caracteriza.

Estas nuevas definiciones urbanas, con anchas avenidas que rematan en monumentos, flanqueadas por edificios rigurosamente alineados y uniformes, o grandes jardines reales que subrayan la presencia del palacio, además de destacar la presencia del nuevo

poder, insisten acerca de una voluntad de uniformización y conforman ángulos de observación. Pareciera que este urbanismo ha sido diseñado para grandes paradas militares, o entradas reales.

La persona humana ha pasado a moverse en otra escala ya - que estos nuevos espacios empequeñecen al común de las gentes y agrandan a los dignatarios del poder.

El Renacimiento había inventado la perspectiva en la pintura pero no logra llevarla a cabo en el trazado de ciudades. En las utopías de Moro y Campanella se imaginan nuevos tipos urbanos pero que no llegan a consumarse. Solamente en el Nuevo - Mundo va a existir la posibilidad de ensayar estos proyectos urbanos renacentistas.

Así pues, la ciudad barroca es el preludio de la ciudad - burguesa de la revolución industrial, en la que no obstante las rupturas políticas, la forma estatal y este desarrollo cultural se moverán con una cierta continuidad.

La ciudad del capitalismo industrial intentará -y al cabo de décadas lo logrará- seguir usando la perspectiva, la línea - recta y la uniformidad edilicia que la ciudad barroca le ha heredado.

Lo mismo ocurrirá con las cárceles, hospitales, hospicios, escuelas y cuarteles que se insertarán fluídamente en la nueva sociedad burguesa reconvirtiéndose al ritmo pautado por el progreso del capitalismo. En consecuencia, aquí también se va a - registrar un impacto urbanístico en las ciudades del capitalismo, por la preservación y desarrollo de las mencionadas instituciones y los edificios que físicamente las soportan. Este proceso no será fácil ni fluído. Si bien el poder disciplinario - ya estaba en parte constituido y operando, la multitudinaria masa de inmigrantes que llegan a la ciudad y el dislocado proceso de desarrollo de las fuerzas productivas con su secuela de auges y bajas, crisis de sobreproducción que expulsan obreros y - auges productivos que los devoran, va a costar casi un siglo -- controlar este proceso. Pero lo significativo a destacar,es - que el capitalismo desarrollado, una vez que superó su fase "salvaje" consolida el ejercicio del poder disciplinario y su manifestación social, las disciplinas, y las ofrece en el escaparate del mercado mundial como el progreso máximo alcanzado por el ancestral proceso civilizatorio.

En las ciudades del capitalismo encuentra su máxima expresión un nuevo tiempo que cada vez cronometra más actos y actividades bajo los requerimientos de cada vez más acelerada velocidad circulatoria de bienes y personas a lo largo y a lo ancho - de las ciudades.

Complementariamente los "tiempos modernos" van a hacer gala del silencio y la impersonalidad. Es así que el paisaje social de las ciudades será el de la "muchedumbre solitaria" descrito por D. Reisman. La geneología del individuo de esta muchedumbre solitaria debe encontrarse en el nacimiento y desarrollo de las prácticas sociales disciplinarias.

Un conjunto de prácticas urbanas, la mayoría de ellas li-

gadas directa o indirectamente a la producción van a coadyuvar a la estructuración de este nuevo silencio escudriñador.

En 1852 [17] un señor de nombre Aristide Boucicoult abrió en París una pequeña tienda llamada "Bon Marché" e introdujo un hábito comercial hasta el momento no practicado: cada mercancía estaría expuesta con su precio. El comercio, en tanto la manifestación económica más evidente del intercambio, hasta esas fechas se desempeñaba bajo la práctica vocinglera de un concierto de voces que airadamente o con paciencia buscaban acordar el precio adecuado de cada mercancía.

El cambio operado contribuirá al desarrollo de las grandes tiendas en las que el precio ya está definido por el vendedor y no hay apelación, y en donde el comprador va a entrar a ver y curiosear sin comprometerse a compra alguna.

En consecuencia, se modifica radicalmente esta actividad socio-económica en la que desde tantos siglos los hombres se inter-relacionaban intensamente, con un fin económico inmediato, pero con la posibilidad de desplegar otro tipo de intercambios. Correlativamente al proceso mediante el cual cada vez más objetos agregan a su valor de uso un valor de cambio -entre los que destaca la fuerza de trabajo- el silencio y la impersonalidad van a transformarse en manifestaciones culturales de más realce.

Este cambio en las formas del comercio en muy buena medida está económicamente determinado por ese nuevo arsenal de mercancía que el desarrollo industrial vuelca al mercado. Pero ello, también estará íntimamente vinculado a la introducción de

una nueva sociabilidad coherente con el nuevo tipo de comercio.

La feria -periódica o permanente- era la forma típica de comercio precedente cuyo sentido se proyectaba mucho más allá de lo estrictamente mercantil. Lugar de múltiples intercambios (mercantiles, afectivos, de información, ideológicos, etc.) en la feria se consumaba una de los principales aspectos de la sociabilidad a cuyo servicio la ciudad proporcionaba sus mejores y más amplios espacios.

Este lugar de múltiples intercambios y de sociabilidad tan intensa, era también uno de los escenarios de la fiesta en tanto momento catártico de la comunidad en oposición a las rutinas cotidianas económica y religiosamente determinadas.

El poder disciplinario y los medios de encauzamiento, han transformado al cuerpo de los individuos en una máquina de máximo productividad y en un blanco del poder, pero también su apariencia exterior conformará un nuevo campo de significaciones.

El aspecto externo de estos nuevos seres urbanos va a variar en sus poses, gestos y en su indumentaria. Esta última va a evolucionar a lo largo del siglo XIX desde las extravagancias multicolores y de mucha audacia en las mujeres, a un vestido cada vez más sobrio y de tonos oscuros que en la moda femenina también se va a expresar en la cobertura total del cuerpo e inclusive con varias prendas superpuestas que buscarán remarcar el ocultamiento de su cuerpo. [18]

No obstante esta aparente uniformización de la indumenta-

ría urbana no va a eliminar las notorias diferencias de clases. Estas, pasarían a expresarse por detalles más minúsculos -antes tal vez imperceptibles- con cuya miniaturización se exacerbará el poder de observación de los individuos urbanos.

En alguna medida, toda la literatura detectivesca del siglo XIX que resalta los atributos de sagaz observación del héroe -el Sherlock Holmes de Conan Doyle- van a estar aludiendo a este nuevo universo de pequeños detalles que serán las pistas que revelarán información acerca de la gente. Por ello es que se habla de la nueva semantización que la cultura urbana derrama en los individuos conforme la ha ido construyendo con las técnicas disciplinarias.

Por debajo de estas nuevas prácticas y hábitos que invaden la ciudad incrustándose en el gran cambio cultural, lo que más destaca es la nueva demografía urbana.

El desarrollo capitalista de las fuerzas productivas ha determinado un profundo reacomodo poblacional del campo a las ciudades y de unos países a otros. Ciudades en las que por década y a veces siglos habían vivido las mismas familias, son invadidas por familias campesinas y particularmente por una juventud errante que busca trabajo, diversión y rápidas oportunidades de ascenso social.

Con ello se ha pasado a lo socialmente desconocido, y de allí a lo anónimo y al anonimato como atributo de la vida urbana. Culturalmente, esto conduce a la necesidad imperiosa de elaborar nuevos códigos de comunicación y reconocimiento, entre

los que ese nuevo campo de significaciones de la apariencia exterior de los individuos es uno de los principales códigos que se introducen.

Estos cambios estructurales y culturales también aparejarán profundas modificaciones en otros aspectos de la vida social urbana. El uso del espacio público se reacondicionará al nuevo individuo urbano y a los requerimientos políticos y económicos de las clases dominantes.

No solamente con la modificación de las modalidades mercantiles empieza a apagarse la fluída y densa vida social de las ferias y plazas que con motivo del comercio aglutinaban a las masas urbanas en amplios espacios públicos.

La ciudad se subdivide de acuerdo a los usos económicos que se están desarrollando: usos comerciales, industriales, de servicios, habitacionales. También se zonifica de acuerdo a la localización de las clases sociales, las que se separan espacialmente: zonas residenciales de las elites más ricas, zonas de clases medias, zonas populares de vivienda obrera.

Esta nueva distribución y aprovechamiento del espacio está íntimamente conectado con las funciones económicas de la ciudad en su conjunto bajo el capitalismo, pero también genera negocios ad-hoc que pronto adquirirán mucha importancia por el volumen de ganancias que permiten: la especulación inmobiliaria, con toda su lógica de aprovechamiento de la renta del suelo urbano.

Correlativamente a todo este re-aprovechamiento capitalista de la ciudad hay una redefinición de la vida social urbana - en la que entre las cosas que más destacan es el debilitamiento de la interacción colectiva o vida pública.

En la concepción del nuevo individuo inserto en la sociedad disciplinaria, queda poco espacio para una intensa vida pública de ámbito comunitario. La genealogía de la muchedumbre - solitaria es el declive del hombre público y la hiper-intensificación de la vida en la familia nuclear.

En este debilitamiento de la vida pública, también van a incidir muy directamente, los designios políticos de las clases gobernantes en cuanto al temor a la frecuente y amplia reunión pública de las clases subalternas. Es así que se estigmatizará la vida del café, la taberna o la plaza. Con frecuencia, del - estigma se pasa a la prohibición política, más conocida como represión.

A las clases subalternas apenas se les tolerará la permanencia colectiva en ciertos espacios "tolerados" aunque moralmente condenados, en los que se pretenderá ahogar las ansias de interacción social de las masas urbanas con alcohol y prostitución. Así como el crimen es el necesario sustento de la legalidad, la cantina y el prostíbulo serán la contracara de esa voluntad de vaciamiento de los espacios públicos en la ciudad capitalista. Voluntad nunca consumada plenamente pero que conforme avanza y se introyecta la sociedad disciplinaria y el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas, se clarifica ca-

da vez más en las vastas perspectivas urbanas vacías o pobladas con vehículos automotores que se desplazan progresivamente en - forma más acelerada.

Otro ámbito de la vida social que se verá trastocado y reconstituído en esta revolución cultural aquí descrita, es el de la recreación. Al principio, el capitalismo salvaje niega la - recreación, al someter a la fuerza de trabajo a un ritmo y longitud horario que apenas si el tiempo sobrante puede ser utilizado para dormir un poco y comer. Son los tiempos en que la - competencia se libra incrementando la plusvalía absoluta.

El desarrollo del capitalismo y la progresiva adecuación de la competencia a reglas de juego menos violentas, conjugando todo ello con los logros de las luchas sindicales, le empiezan a abrir a importantes masas de trabajadores urbanos, una perspectiva de recreación o tiempo libre, cuya meta más alta fue la semana de cuarenta horas con jornadas de ocho horas y vacaciones anuales de dos semanas como mínimo.

Con ello las clases subalternas obtienen un respiro a los dispositivos de explotación económica y se plantean el no trabajo como una diversión en si misma. Cabe remarcar que ni los - principales teóricos de la clase obrera ni las organizaciones - partidarias o sindicales, se plantearon seriamente el comprender la naturaleza de ese tiempo que "ganaban" al quitárselo al empresario capitalista. Por lo general solamente celebraron la victoria por lo obtenido sin reflexionar acerca de lo que se - trataba.

Si desde el siglo XVII se venía acuñando un cierto tipo de individuo que el siglo XIX terminará por imponer en todo el espacio central del capitalismo, obviamente esta nueva matriz cultural va a dominar el tipo de prácticas realizadas por las clases subalternas fuera de la fábrica.

A veces determinada por la represión política, pero las más de las veces vivida como una libre elección, la diversión popular pasará a depender y a someterse a los designios de la sociedad disciplinaria. Juegos, música, deporte, sexualidad, quedarán sesgados por los requerimientos de una matriz cultural -o cultura hegemónica- que va a estar haciendo posible la reproducción social y cuyas determinaciones penetran todos los espacios de la ciudad -y progresivamente de la formación social- a toda hora y en todas las personas.

Por ejemplo, el teatro va a ser un buen exponente de esta influencia cultural que a todos lados llega. [19] Hasta mediados del siglo XIX, el teatro que era un importante factor de recreación popular, se caracterizaba por un público muy activo en la sala de espectáculos, que no solo celebra el cierre de la pieza teatral, sino que participa a lo largo de toda la obra halagando o criticando airadamente la representación, e involucrándose emocionalmente a grados conmovedores en los puntos más álgidos del drama, si este logra una buena representación. Inclusive, el público llegará a ocupar con sillas el propio escenario estableciendo una proximidad casi coloquial con los actores.

Sobre fines del siglo XIX un radical cambio se habrá ope-

rado. La sala con el público se halla a oscuras y en total silencio durante la representación. El aplauso sólo se admitirá en los cortes de la obra y tenderá a ser una manifestación controlada. El escenario se ha separado del público impidiendo su presencia allí, y en consecuencia apartando marcadamente el espacio de los actores del espacio de los espectadores. Con ello ha surgido toda una nueva arquitectura interior de las salas de espectáculos en las que también se definen con mucha precisión los diversos tipos de localidades, cuyo precio diferencial indica la extracción social de los espectadores.

Tal vez, en esta genealogía del espectáculo, uno de los puntos culminantes que manifiesta la individualización es la consolidación y desarrollo del cine. Aquí, el espectador ante una pantalla en la que se proyectan imágenes que se acompañan de sonido, observa atentamente psicológicamente prendido a un devenir de fantasías que éstas imágenes connotan y en las que la individualidad se despliega en toda su profundidad. En el cine, la oscuridad que supone la proyección, no sólo es un requisito técnico, sino un necesario aditamento de ese estado de hipnosis individual en el que cada quien se sumergirá hasta el fin del film. Se prenden las luces, finaliza el trance, y personas físicamente contiguas se observan molestas, temerosas de descubrirse en sus fantasías interiores y urgidas por abandonar la sala plagada de tantas extrañas presencias. [20]

Qué lejos está esta psicologización de las actitudes, permanente interiorización de valores culturales que ha ido estruc

turando este individuo que cada vez más sólo sabe hablar consigo mismo, con respecto a la algarabía caótica y escandalosa de los eventos populares de los tiempos históricos inmediatamente anteriores. Lo privado -por oposición a lo público- ha ensanchado tanto su radio de acción, que termina neurotizando a sus propios protagonistas, ahora sí cada vez más "privados" de alternativas de sociabilidad que mitiguen esa soledad. Aparece entonces, el psicoanálisis como el inicio de una larga conversación de estos seres disciplinados que han elevado el silencio y la individualidad como valores absolutos; una larga conversación que calma pero no permite comprender.

La cultura burguesa se difunde imponiendo un nuevo orden simbólico. Su mensaje histórico -o sea su ideología- no solamente va a estar vertebrado en el lenguaje discursivo (oral o escrito). Un muy vasto y cada vez más complejo universo de signos que se perciben con la vista, el tacto, el olfato o el oído connotarán aspectos de dicha ideología, y en su conjunto contribuirán a constituir eso que se ha venido denominando como cultura hegemónica.

Como ya se ha señalado para otras manifestaciones de esta cultura hegemónica, el espacio urbano es un lugar privilegiado de concentración de estos signos. En la medida que la ciudad capitalista incrementa la profundidad y la intensidad de la práctica cultural (hegemónica) el orden simbólico se redensifica bajo esta lógica. Es por ello que se habla de una semiótica urbana, es decir, la semántica o significado del enjambre de signos desplegados en la ciudad.

Esta realidad puede ser observada desde dos planos distintos. Uno de ellos, el "normal" o propio del "hombre de la calle", se caracteriza por registrar todos estos signos con absoluta naturalidad por considerarlos en su mayoría totalmente neutrales desde el punto de vista ideológica. Se verifica predominantemente la función denotada: una iglesia es un recinto para orar, un palacio de gobierno es un edificio en donde trabajan las autoridades, una plaza es un lugar de recreación y remanso, una avenida es una 'arteria' de circulación, un cartel comercial es una convocatoria a consumir tal o cual producto, un museo es

5. LAS FORMAS URBANAS COMO PORTADORES DE LA CULTURA HEGEMONICA.